

---

## LA LLAMADA APOSTÓLICA

Marcel Légaut (1)

I. – En todas las épocas surgen discípulos de Jesús que perpetúan y renuevan su acción. – En torno a estos discípulos nacen pequeñas fraternidades cristianas. – Conformidad secreta y eficaz de estos hombres con su tiempo.

II. – Raros son los hombres que descubren su verdadero camino. – Normalmente, las vías sacerdotales o monásticas son las primeras en presentarse al joven cristiano que quiere responder plenamente a la llamada de Dios. – Su formación y sus relaciones le aportan nuevos elementos que pesan también en su elección. – Esta elección, que orienta poderosamente el porvenir, raramente se realiza sin comportar pesadas consecuencias que toda una vida no logra a veces aliviar. – Los métodos de formación practicados en el seminario y en el noviciado no corresponden ya a las necesidades y a los medios de las generaciones modernas. – Las grandes posibilidades de seminaristas y de novicios a menudo desembocan en un fracaso relativo.

III. – Los votos pueden abrumar pesadamente a los hombres fervientes que los pronuncian. – Hay pocos casos en que los votos estén en la línea exacta de lo que el creyente debe vivir para ser fiel. – Son poco numerosos los casos en los que el creyente es bastante vigoroso espiritualmente como para asumir los votos pese a la inadaptación de éstos a sus virtualidades. – Las bienaventuranzas y los votos. – Los votos perpetuos y la fidelidad conyugal o paterna son muy diferentes. – Muchas personas entre las más religiosas desean los votos perpetuos. – La anunciación del comienzo de la vida de algunos ayuda

---

(1) Este texto es el capítulo penúltimo de *Introduction à l'intelligence du passé et de l'avenir du christianisme* (1970). Las razones por las que este capítulo quedó arrumbado en el transcurso de las reediciones parciales posteriores de este libro se explican en la primera parte del estudio que el lector encontrará en la «Suma de poquedades» de este Cuaderno, que es una extensa introducción y comentario del mismo en que también se estudian las claves biográficas subyacentes.

a entrever únicamente el espíritu de las realizaciones futuras; no así los votos que imponen una letra de forma precisa desde el principio. – Los votos implican una concepción de Dios que lo separa radicalmente del hombre, su criatura. – Degradación frecuente de la observancia de los votos. – Los votos de pobreza y de obediencia no son normalmente los más pesados de observar. – Hay una obediencia cuya observancia sólo puede consistir en la guarda de un retiro silencioso. – El voto de castidad es con mucho el más exigente. – Raros son los hombres que desean y pueden observar sanamente el voto de castidad. – Las posibilidades que permite el celibato no deben ser la razón de escogerlo. – El celibato que no es consecuencia de la propia misión sólo procura una disponibilidad ficticia.

IV. – Sacerdotes y religiosos están separados del mundo por su formación, sus votos y sus funciones, más que por la calidad de su vida espiritual. – Cuando se tercia, les es difícil tener con los demás, e incluso entre sí, una comunicación intelectual sin reservas. – El mundo eclesiástico no estima la vida espiritual tanto como podría pensarse. – A menudo el sacerdote está a merced del activismo moderno y le tienta desviar su apostolado propiamente religioso hacia una acción social o política. – La quiebra de muchas vocaciones sacerdotales o monásticas se debe menos a la debilidad que a una falta de autenticidad y de profundidad de la vida espiritual.

V. – La crisis de vocaciones sacerdotales y monásticas coincide con el decrecimiento de la importancia social de la Iglesia. – La crisis de vocaciones se debe, en parte, a las condiciones de escolarización de la juventud. – La crisis de vocaciones también se debe a una inadaptación real tanto de la vía eclesiástica como de la monástica. – Las organizaciones juveniles, al descuidar lo que deberían tener de esencialmente religioso, no favorecen el nacimiento de vocaciones. – Hay muchos que escuchan la llamada pero no descubren su camino. – Regresión indudable del reclutamiento tradicional, sacerdotal y monástico. – Un cambio esencial de los seminarios, por importante que sea, es insuficiente. – La renovación de la Cena exige separar la función sacerdotal del carisma apostólico. – Sólo un renacimiento místico que no sea una copia del pasado permitirá al cristianismo realizar su necesaria mutación.

I

*En todas las épocas surgen discípulos de Jesús que perpetúan y renuevan su acción*

Para subsistir en su originalidad, el cristianismo exige que continuamente surjan discípulos capaces de perpetuar, a través de los siglos, el recuerdo vivo de Jesús. Una sucesión de doctores que conserven una tradición cristológica, por grandiosa que sea, no bastaría en modo alguno para ello. En toda época y lugar, aun en condiciones de lo más desfavorables, este advenimiento se renueva del modo más secreto y a veces más singular bajo el influjo de la anunciación que visita a determinadas personas. Éstas alcanzan el pleno desarrollo de su ser en potencia si responden a esta llamada y si las costumbres y los intereses inmediatos de su medio, incluidos la mentalidad y los hábitos religiosos, no les distraen ni apartan de ella.

Merced a las Escrituras y a la Tradición, con tal de que superen conscientemente o no su letra, incluida la mentalidad y los horizontes concretos de sus autores, estos hombres y mujeres llegan a ser capaces de entrever, de forma personal y casi directa, lo que Jesús vivió y lo que ellos deben vivir para ser discípulos suyos. A través de las contingencias de los acontecimientos y de las tendencias de su generación, apoyándose en ellas o reaccionando en su contra, la epopeya espiritual de su Maestro se vuelve real para ellos pues, en la medida de lo posible, franquean los siglos que los separan de ella. Herederos de la misión de Jesús, por su fidelidad creadora, la continúan y la prolongan a su manera, mejor sin duda que si se limitasen a imitar lo antiguo o a obedecer unas consignas generales por más autorizadas que fueran. Explicitan así, conforme a las necesidades y aspiraciones de su entorno, lo universal que dicha misión contenía en potencia.

*En torno a estos discípulos nacen pequeñas fraternidades cristianas*

La historia del hombre que se alza y camina hacia su humanidad recomienza con cada uno de estos discípulos y conduce a consecuencias y desenlaces parecidos. En torno a cada uno, como en torno a

Jesús, se agrupan, uno a uno, los que se despiertan o se entregan a la vida espiritual bajo su influjo. Así nacen las minúsculas fraternidades que, por su número y diversidad, dan vigor al cristianismo y por su unidad fundamental, más allá de todas las diferencias, confieren un alma al organismo sociológico posibilitado por el ejercicio de una autoridad central. Verdaderas comunidades, estas fraternidades favorecen, mediante la discreción de su acción, socialmente limitada pero bien adaptada, la difícil y continua mutación de una religión de autoridad en una religión de llamada. Proceden del cristianismo de llamada al tiempo que lo preparan de lejos dándole una primera posibilidad de ser en un pequeño círculo. Y tanto mejor lo preparan cuanto que, gracias a su unión y fervor –semejantes a los de los primeros discípulos guardadas todas las proporciones–, sus miembros pueden cultivar el recuerdo de Jesús sin apoyarse exclusivamente en las sistematizaciones y las azarosas precisiones de cualquier ideología. Como en los primerísimos tiempos, la veneración que profesan juntos a su Maestro les lleva a adorarle como conviene.

*Conformidad secreta y eficaz de estos hombres con su tiempo*

Poco a poco y a lo largo de los años, lo que había en potencia en ellos hasta el punto de ignorarlo acaba por dar savia y forma a su vida, al tiempo que ésta, inversamente y a medida que se desarrolla, es ocasión de que ellos se descubran más a sí mismos hasta penetrar más exactamente en su existencia. De esta forma, lo que son y llegan a ser determina más su hacer que lo que es útil e indispensable en función de las circunstancias o del medio. No obstante, hay un acuerdo admirable y de fondo entre las necesidades de su época y lo que ellos realizan; acuerdo que a veces el porvenir confirma mejor aún que el presente dado que a menudo van por delante de su tiempo. Todo ocurre como si, por una especie de simbiosis, paralela a los acontecimientos y a la evolución de las sociedades, brotara, en estos creyentes hondamente insertos en su tiempo pero aún más fieles a su ser en potencia, la inspiración que los ilumina y los impulsa hacia delante.

En seguimiento de Jesús y bajo su influjo, libremente gracias a la expansión de lo que hay en ellos, y a través de toda suerte de contingencias, estos hombres realizan su misión. Su irradiación espiritual se extiende a muchos no sólo por la paternidad espiritual que llegan a ejercer sino gracias a la influencia de las comunidades que se consolidan a su alrededor. Como Jesús, siguen su camino, siembran y desaparecen cuando llega su hora. Desaparición necesaria para que otros a su vez entren también en su vía, encuentren en ella las ocasiones de profundizar en sí, descubran su misión y correspondan como conviene a las necesidades y a las aspiraciones de su generación.

## II

### *Raros son los hombres que descubren su verdadero camino*

Raros son los hombres que alcanzan el nivel de una vida auténticamente personal. Muchos son los que la ignoran hasta el final de tan inconscientes como permanecen, esclavos de todo lo que los maneja. Las necesidades, interiores y exteriores, aparentes o reales, los empujan y arrastran a ciegas día tras día, reforzadas por la tendencia, natural en ellos, de imitar al resto y de buscar la facilidad y la seguridad. Así deambulan sin parar, año tras año, durante toda su vida. La sociedad, por su organización totalmente centrada en el prestigio político y en la prosperidad económica en que ella pone su razón de ser, les impone unas funciones que sólo corresponden imperfectamente a lo que ellos podrían hacer. Sólo los valora en función de lo que es útil para el fin que ella se propone. Los deja sin cultivar en todo lo demás, y, cuando no los combate abiertamente, los paraliza o degrada si intentan desarrollar su humanidad.

No obstante, algunos, pese a la aplastante carga de estos condicionamientos, bajo la acción de un movimiento totalmente íntimo, escapan, en medio de la masa, de esta vida de autómatas tanto más desconocida cuanto más general. Descubren una llamada en ellos que los invita a liberarse de una servidumbre antes desapercibida, y los empuja a ir más allá de lo que se piensa y se hace comúnmente. Poco

a poco, establecen así una cierta distancia entre su ser y lo que procede de un mundo movido por inercias tanto en su entorno como en su interior; se esfuerzan por entrever, a través de su vida, quiénes son y para qué están aquí; y se abren a su vocación y se ponen en marcha hacia su misión.

La entrada en la propia vía es ocasión de una promoción capital para el hombre. A menudo lo renueva físicamente y provoca en él un florecimiento psíquico, auténtica primavera de la vida. Este segundo nacimiento se produce en todas las edades. En algunos principia en la juventud, justo antes de las turbulencias de la adolescencia, como ayudada por las potencias que en ellos se anuncian. En otros ocurre en la madurez, de ordinario tras algunas experiencias decepcionantes que destruyen las ilusiones en que hasta entonces se habían complacido. Por un auténtico sobresalto, se alcanzan a sí mismos entonces. Y también hay nacimientos de la hora undécima, cuando cae el día y el horizonte se estrecha.

Vía nueva, intensa, aún a ciegas pese a la luz que la guía, y no sin múltiples tanteos aunque conozca la estabilidad en medio de las crisis pues incesantemente se recobra. Cerca del final, en el tiempo del recuerdo, los hombres que han sido fieles se maravillan de ver todo lo cumplido en ellos y por ellos sin haberlo pretendido expresamente; y también todo lo que les amenazó y que sortearon sin saberlo y todo lo que fue decisivo para su destino y que, sobre la marcha, ni sospecharon.

*Normalmente, las vías sacerdotales o monásticas son las primeras en presentarse al joven cristiano que quiere responder plenamente a la llamada de Dios*

Cuando un joven cristiano, partiendo de una intuición y de una exigencia que siente suyas, quiere responder plenamente a lo que Dios espera de él y busca las condiciones que le parecen permitirle mejor alcanzar el objetivo de su vida y consumir el don total que su ser desea, normalmente, por influjo de su familia y de la sociedad

relativamente restringida en que se ha educado, piensa en el sacerdocio o en la consagración monástica. Nada más favorable puede imaginar dado su estado sin duda espiritualmente profundo aunque aún relativamente infantil, aún dependiente en exceso de las concepciones de su entorno, de la letra de las enseñanzas que recibe y de la mentalidad particular que se desprende de ellas, y, por consiguiente, aún demasiado incapaz de criticarlas para servirse de ellas de forma personal con objeto de encontrar su propio camino.

*Su formación y sus relaciones le aportan nuevos elementos que pesan también en su elección*

Al par que su vida religiosa íntima lo penetra e impregna, este joven cristiano, despertado por sus estudios, descubre otros intereses nuevos que lo llaman también hacia otros caminos. Además, puede que encuentre a veces fuera de su familia un medio más dinámico y más abierto donde entregarse a actividades y donde tomar iniciativas de las que de otro modo no hubiera tenido ocasión. De este modo afloran poco a poco en él las aspiraciones propias de su época, hasta entonces parcialmente encubiertas o implícitas.

Alguna de estas aspiraciones, además, porque se adecua en gran manera a sus posibilidades y porque su propio vigor personal la cultiva y refuerza, se convierte a veces también para él en un auténtico imperativo de carácter religioso tanto por su profundidad e intensidad como por el don de sí que exige. Sin embargo, dicho imperativo no proviene directamente de la religión, al menos tal como la ha vivido y entendido hasta entonces. En estas circunstancias, este joven siente que no puede tomar la decisión de entregarse a Dios en el sacerdocio o en el monacato tal como éstos se concibieron y todavía se conciben a partir de unas perspectivas humanas totalmente distintas. Antes debe resolver la tensión que se da entre estas dos vías que lo solicitan a título distinto, en direcciones aparentemente opuestas, pero con igual seriedad. A primera vista estas vías no le parecen susceptibles de converger entre sí sino al contrario, parecen excluirse. A decir verdad, sólo podrían llegar a fundirse armoniosamente en él tras

una importante transformación de ambas. Y sólo una actividad creadora por su parte, vigorosa y mantenida a lo largo de la vida a fuerza de fidelidad e intrepidez, podría reunir las en una; cosa que le unificaría a él también de forma capital. Esto sería para él el mejor logro pero, sin embargo, al comienzo, no puede menos que ignorarlo.

*Esta elección, que orienta poderosamente el porvenir, raramente se realiza sin comportar pesadas consecuencias que toda una vida no logra a veces atenuar*

Por otra parte, muchos jóvenes de entre los de mayor vitalidad, a pesar de un magnífico comienzo espiritual, influidos por un clima impregnado tanto de ciencia y de técnica como de acción política y social, que la sociedad fomenta en torno a ellos por poderosos medios de presión y de seducción, abandonan poco a poco toda profundización personal, toda interiorización auténtica, cuando no llegan a dejar la práctica de la religión tal como se observa aún en su familia.

Se entregan entonces a la ideología y a la actividad recién descubiertas, a las que se consagran en cuerpo y alma con una fe de neófitos. El cristianismo de su juventud se limita a ser sólo una introducción entre otras a la vida en el mundo. A menudo queda reducido a una especie de adorno que se marchita y agrieta poco a poco. No obstante, la vida es larga y la derrota no siempre es definitiva. Sin embargo, este abandono habrá influido pesadamente sobre el destino de estas personas pues la llamada escuchada al principio no era en vano y respondía a algunas ricas posibilidades que, de este modo, resultarán gravemente dañadas de suerte que, en la hipótesis más favorable, saldrán a la luz de forma distinta.

En sentido opuesto, algunos entre los más religiosos, solicitados por los ejemplos de los grandes espirituales del pasado, expuestos a las directrices de un cristianismo de autoridad, a menudo influidos por la unanimidad de su entorno, a veces bajo el peso de un carácter entero, terminan por considerar como un mal la tensión íntima que les causan intereses poderosos e incompatibles a sus ojos con el don total a Dios.



Ven, en los talentos que han descubierto en sí, el origen de preguntas, turbaciones y dudas que consideran erróneamente como tentaciones cuando son propiamente un don, de manera que, si supieran responder de forma conveniente a ellas, serían, en verdad, los peldaños de su ascensión espiritual. Por una decisión apresurada y brutal, posible por su misma generosidad y vigor pero efecto a menudo también de una impaciencia y violencia naturales, renuncian a estos dones, cortan por lo sano con estas preguntas, dudas y turbaciones aunque sufran mucho al hacerlo. Su decisión les parecerá más meritoria por ello. Sin embargo, toda su vida padecerán en lo íntimo las pesadas consecuencias a pesar de que la causa de éstas les reste velada.

No se transforma por decreto el propio temperamento ni aquello hacia lo que uno tiende con un vigor que se nutre de la savia de las propias profundidades. La voluntad no gobierna sobre el hombre como el zar sobre sus súbditos. Tarde o temprano, aun sin crisis aparente, el fondo del ser reaparece de un modo u otro. Si se le ha tratado con brutalidad, el fondo del ser reacciona sordamente de manera que, a menudo, es origen de una estrechez de espíritu que, no sin pasión, actúa en contra de aquello a lo que, en otra época, se tuvo que renunciar, y es fuente, además, de una severidad e intransigencia que no son sino transposiciones de una amargura secreta que se oculta bajo apariencia de austeridad.

Eventualmente, este golpe de timón de la voluntad provoca ulteriormente una explosión de interés por las actividades antiguas o por las actuales, de forma que éstas pasan delante del resto de preocupaciones, incluidas aquéllas que estuvieron en el origen de la vocación. Esta explosión, cuanto más tarde se da, más violenta es. Es un auténtico maremoto que cuestiona, si no el estado de vida sí, al menos, el carácter total del don de sí de antaño. En definitiva, así es como algunos hombres muestran su incapacidad de unificarse y, por consiguiente, de entrar en su misión pese a haber hecho una elección que consideraron definitiva y en la que se mantienen. Dicha elección, sorda pero incesantemente cuestionada, se desmorona pues, a decir verdad, sería completamente distinta si ahora tuvieran que hacerla.

Cuanto más rico es en posibilidades humanas un hombre, tanto más delicada es su ascensión espiritual al tiempo que también puede ser tanto más fecunda. Si no se deja arrastrar por las corrientes sociales, políticas u otras de su época, esta ascensión se dará de todas todas, pero, ¡a través de qué pruebas, después de qué deslices, tras cuántos atolladeros, bajo qué formas más singulares y atormentadas se dará si no la facilita –más que guiarla– la presencia atenta y discreta de algunos predecesores que ya hayan recorrido una buena parte de su propio camino con una fidelidad suficiente! ¡Dichoso aquél que, porque sabe reconocerlo, encuentra a tiempo un espiritual de su misma familia de espíritu para abrirse desde el comienzo de su vida religiosa a la libertad creadora!

*Los métodos de formación practicados en el seminario y en el noviciado no corresponden ya a las necesidades y a los medios de las generaciones modernas*

Aunque los métodos de formación practicados en el seminario y en el noviciado se adaptaban bien, sin duda, a las necesidades y posibilidades de las generaciones de los siglos en que se instituyeron, no responden ya con igual exactitud ni a las aspiraciones ni a los medios de las generaciones modernas. Estos métodos de formación, pese a un clima juvenil y fraterno lleno de fervor, defraudan a las primeras –las aspiraciones– y no emplean los segundos –los medios. Estos métodos no es que estén completamente sistematizados y endurecidos por la rutina y por la mediocridad pues, por el contrario, cada vez se intenta más adaptarlos, y a veces incluso de forma inteligente. Sin embargo, dicha adaptación sólo se logra de un modo imperfecto. La razón es que no se los llega a liberar de la mentalidad sacralizada de un cristianismo de autoridad. Permanecen marcados, de forma casi inevitable, por los mismos que los aplican tras haberlos padecido y haber sido deformados en cierto modo por ellos. Por otra parte, es frecuente que estos métodos se limiten a sacrificar de forma superficial algunos aspectos de sí mismos a los gustos del momento sin transformarse verdaderamente. En el fondo se sirven de estos

gustos para continuar imponiéndose, incluso con mayor fuerza todavía, aunque de forma más disimulada.

Por otra parte, en la actualidad, las personas, incluso poco evolucionadas y cultivadas, tienen un sentido de su singularidad mucho mayor que antes. Sus exigencias íntimas son mayores y más originales y no es tan fácil satisfacerlas, máxime si de lo que se trata es de que sus vidas alcancen un desarrollo de veras personal y una auténtica capacidad de irradiación espiritual. Los hombres tienen que seguir unas vías cada vez más diferenciadas para llegar a ser ellos mismos y madurar su propio fruto. Los métodos empleados en los seminarios y en los noviciados están generalmente demasiado poco orientados hacia el despertar religioso particular de cada uno. Su respuesta es insuficiente ante unas necesidades y unas esperanzas que, por definición, son extraordinariamente variadas, desconocidas por quien las lleva dentro, e incluso mal interpretadas por éste al ocultarse a menudo tras reacciones instintivas que a veces son fuente de escrúpulos. Estos métodos permanecen profundamente ajenos a las aspiraciones de los jóvenes cuando no se oponen a ellas. Se aplican y ejercitan de forma sobre todo colectiva aunque se den, entre directores y dirigidos, contactos individuales frecuentes. Dichos contactos, por principio, por escrúpulo, por facilidad, y puede que por impotencia, son, con demasiada frecuencia, sobre todo oficiales e impersonales. Reforzados por una disciplina casi militar, de carácter un tanto hierático, cuya influencia se quiere que sea interior, estos métodos son incapaces de cultivar en cada uno lo humano que le es propio y que podría abrirle totalmente a sí mismo y a Dios.

Inspirados por una sabiduría secular debida a la experiencia de hombres de gran talla que vivieron sin embargo en un clima intelectual y afectivo completamente distinto, estos métodos imponen, con una seguridad absoluta, determinados marcos de vida. Y lo hacen con una brutalidad que se legitima fácilmente a sí misma con sólo invocar la voluntad de Dios y la infalibilidad práctica de la autoridad. ¡Qué distancia respecto de lo que por el contrario haría falta hacer: ayudar a cada uno, con flexibilidad, paciencia y fe, a

encontrarse a sí mismo, y, para ello, favorecer las iniciativas que exige la propia fidelidad, por particulares que sean; tolerar los titubeos que fatalmente acompañan a toda búsqueda; y, en definitiva, tener fe en la eficacia de la acción de Dios sobre una persona bien dispuesta y generosa!

Demasiado de antemano se sabe lo que debe alcanzarse. Se da una formación estándar, hecha de teorías y de prácticas genéricas, que somete a las personas a un molde y donde falta espacio para la iniciación a una vida espiritual más personal. Demasiado fácilmente se juzga favorablemente la eficacia espiritual de estos métodos partiendo del magnífico orden de unas congregaciones sólidamente sometidas y organizadas. No se dispone del tiempo necesario para esperar lo que debe surgir en cada uno pues se está demasiado cogido y presionado por los imperativos de programas y de exámenes. Puede ser, además, que se esté demasiado agobiado por el crecimiento o –más incluso en los tiempos difíciles actuales– por el salvamento de las instituciones existentes como para ser totalmente desinteresado y tener la discreción que es de recibo en este terreno del espíritu más que en ningún otro. Salvo excepciones debidas a maestros eminentemente espirituales, estos métodos son incapaces, en definitiva, de ayudar a que cada uno entrevea, a fin de que la alcance a lo largo de su vida, la plenitud de una existencia enteramente identificada con la propia misión, aquella a la que uno que se entrega de forma diferente a como le ocupan las sucesivas dedicaciones en que otros la emplean.

Los mejores, los de mayor conciencia, más que responder a estos métodos de veras, se pliegan a ellos. Si no reaccionan suficientemente frente a ellos es por escrúpulo. Se someten a ellos con una buena voluntad y una docilidad forzadas que, de ordinario, provocan a la larga deformaciones graves que pueden alcanzar el mismo fondo de las personas hasta falsearlas para siempre. Muy a menudo, por el contrario, y de un modo cada vez más frecuente, cuando un joven persevera en su designio religioso, se defiende instintivamente de estos métodos a los que simplemente se presta. Procura hacer su vida como

cuando se asiste a clases o se aprende un oficio cualquiera. Existe un humorismo eclesiástico, agradable y agudo, que es muy elocuente al respecto para quien quiera reparar en ello. Así es como se acaba perdiendo la virginidad de un corazón que se entregó a Dios en la pureza del don sin reserva. Rápidamente –y esta degradación la favorece un ambiente general reflejo de esta desafección secreta–, ya no se trata de responder a una vocación, aunque este término se siga utilizando, sino de cumplir una función. Lo cual todavía se podrá hacer concienzudamente, sin duda, tras haber pasado los exámenes reglamentarios y haber sido delegado para ella por una Autoridad que habilita plenamente, tal como lo afirma la doctrina con una insistencia significativa. Función indispensable, para la que los voluntarios son escasos, por lo que están más exigidos a dedicarse a ella, pero cuyas obligaciones son precisas aunque pesadas y por ello son, en definitiva, limitadas, y sólo afectan al comportamiento exterior del hombre, tal como el futuro poco a poco revela sin tapujos.

*Las grandes posibilidades de los seminaristas y novicios  
desembocan a menudo en un fracaso relativo*

No existe grupo joven más rico en esperanzas que el de los seminarios y noviciados. En ninguna parte puede encontrarse mayor densidad por metro cuadrado de almas generosas, capaces de un don total. Sin embargo, hay que confesar que lo que suele suceder es que estos bellos comienzos, estas excepcionales posibilidades acaben en un relativo fracaso con bastante rapidez. ¿Hay que atribuirlo únicamente a la debilidad humana? ¿No hay que pensar, por el contrario, que este fracaso es consecuencia, más bien, de una formación religiosa que, pese a ser superior a la de las familias y parroquias, no alcanza suficientemente el fondo humano como para valorarlo verdaderamente de forma que sea él el que asuma las exigencias de una vida altamente espiritual?

No es una paradoja afirmar que en los seminarios no se prepara para el difícil futuro que aguarda a los sacerdotes y que exige de ellos una potencia religiosa completamente comparable a la de las vocacio-

nes monásticas más eminentes. Demasiado a menudo sólo se les da un bagaje intelectual que inspira más suficiencia que humildad y que lleva más a provocar la saturación y la conciencia de saciedad que a estimular la importancia de la búsqueda. En verdad, aunque se hable mucho de ello, no se cultiva la vida espiritual sino que se la ata a unos hábitos piadosos que resultan engañosos. La regularidad de las prácticas suplanta la vitalidad interior y no ayuda a que ésta se desarrolle. Por el mecanismo propio de las plegarias repetidas y de las especulaciones doctrinales aprendidas, por el clima afectivo y los hábitos cerebrales que se desarrollan, por las satisfacciones de la conciencia y las seguridades que se consolidan, se dispensa, a estos jóvenes, de profundizar en su humanidad pese a que sin ésta la religión sólo puede ser intelectual, sentimental, o incluso sólo verbal, pero no del hombre entero y de sustancia real.

Los reglamentos mejor hechos –aparte de que los hay que sacrifican el individuo a la colectividad– cultivan la obediencia pero debilitan al carácter; fabrican seres dóciles y disciplinados más que fieles en el sentido espiritual. La tradición profesada en las cátedras, aunque no se enseñe como la gramática, no reemplaza en forma alguna a la tradición oral, de creyente a creyente, hecha de confianzas más que de enseñanzas. Los profesores y directores de conciencia más celosos y escrupulosos no pueden reemplazar a los auténticos espirituales que no han huido ante las exigencias intelectuales de su tiempo, que las han cargado sobre sí pesadamente antes de responder a ellas como mejor han podido y sin demasiadas ilusiones. Sólo unos maestros así podrían responder a las íntimas aspiraciones de sus discípulos y dirigidos sin decepcionarles ni tranquilizarles en falso. Sólo ellos podrían liberar a estos principiantes, ayudarlos a comprometerse en su camino particular y convertirlos en seres capaces de realizar una actividad creadora, la única que es realmente apostólica. Pero por lo general, de forma sistemática, a estos seres superiores, se los mantiene aparte.

### III

*Los votos pueden abrumar pesadamente a los hombres fervientes que los pronuncian*

Las condiciones de vida del seminario o del noviciado no constituyen los únicos marcos considerados como inmutables que pesan sobre el ser generoso que se entrega a Dios en las instituciones existentes. Estas instituciones exigen de él además unos votos que lo sobrecargan pesadamente pues comprometen definitivamente sus recursos y sus necesidades más básicos e instintivos. Llegan incluso a mutilarlo si vienen a comprimir demasiado violentamente su temperamento o si él no los asume con un vigor espiritual suficiente.

*Hay pocos casos en que los votos estén en la línea exacta de lo que el creyente debe vivir para ser fiel*

Son sin duda raros los casos en que la acción de comprometerse a los tres votos, de pobreza, obediencia y castidad, libera al hombre y responde, con exactitud, a lo que en él hay de más profundo y mejor. A lo largo de su crecimiento religioso puede ser que estos votos le protejan de dar pasos en falso en las horas de fatiga y de descorazonamiento, puede ser que lo disciplinen y, si es necesario, que lo estabilicen, que lo conforten en su camino gracias al recuerdo frecuente de su consagración a Dios, a la vez íntima y oficial; recuerdo vivificante como el de un verdadero encuentro consigo mismo y con Dios. De esta forma, lo establecen en una seguridad exterior; confirmación preciosa de la seguridad íntima que le viene de la exacta fidelidad a su misión. No obstante, en verdad, este hombre, aun cuando no estuviera atado definitivamente por la observancia de estos votos, se tendría que comportar del mismo modo para permanecer y llegar a ser cada vez más él mismo. No sabría gozar de los bienes de los que estos votos le privan con la comodidad y la dicha que otros conocen pues le faltaría, aparte de lo que él pudiera pensar, un cierto interés, una cierta disponibilidad para ellos. Estos votos son la antorcha que sostiene ante sí para proseguir su camino y no tanto unas barreras sólidamente plantadas que le impiden errar. Su perennidad no es tanto la consecuencia de un compromiso irrevocable cuanto el fruto

de la continua renovación de este creyente, fiel a sí mismo y a Dios en su misión.

*Son poco numerosos los casos en los que el creyente es bastante vigoroso espiritualmente como para asumir los votos pese a la inadaptación de éstos a sus virtualidades*

En estos casos, felices pero excepcionales, la eficacia de los votos es tanto más clara y patente cuanto que la obligación de observarlos durante toda la vida es menos constrictiva pese a que, en determinados momentos, resulta difícil y penosa. Sin duda también hay otras personas, asimismo poco numerosas, que, por ser espiritualmente bastante vigorosas, aunque los votos les resulten una pesada carga impuesta por las costumbres y las tradiciones de su tiempo, son capaces de soportarla alegremente y de convertirla así en benéfica, al menos en tiempo normal. No sin duros esfuerzos atraviesan así estos hombres el estrecho umbral que introduce a cada uno en su propia misión, aquella que hay que descubrir continuamente a partir de circunstancias favorables o no, y a partir de situaciones o bien elegidas sin conocerlas suficientemente o bien aceptadas por haber sido llevados a ellas a su pesar. En este sentido, todas las misiones, de un modo u otro, son victorias de Dios y del hombre sobre las circunstancias interiores y exteriores que obstaculizan el camino.

*Las bienaventuranzas y los votos*

Los tres votos sistematizan las Bienaventuranzas evangélicas. Lejos de agotar su sustancia y de constituir su traducción completa, las codifican y de esta forma las limitan. Lo que hacen principalmente los votos, en efecto, es adaptar las Bienaventuranzas a las condiciones impuestas por la existencia de unas asociaciones específicamente religiosas. Sin los votos, pocas asociaciones de éstas nacerían y sobre todo durarían. Por eso la práctica de los tres votos se da en todas las religiones que tienen tradiciones monásticas.

A diferencia de los votos, las Bienaventuranzas tienen la flexibi-



lidad de lo humano. Siendo unas por su espíritu, son diversas como los hombres. Las Bienaventuranzas se injertan en el vigor de los troncos humanos a los que no atan a rodrones rígidos ni obligan a doblarse, de modo que consiguen que la savia de éstos circule con mayor libertad y capacidad de consumir su obra vital. Las Bienaventuranzas responden a la manera de ser de cada uno y, conforme a sus cadencias, evolucionan con él y lo acompañan a medida que se descubre a sí mismo y se desarrolla. Por eso se revelan al discípulo conforme éste va penetrando más y más en la comprensión del espíritu fundamental de Jesús. Por eso precisamente es por lo que le permiten entrar mejor en su propia misión.

Es el hombre el que apela en secreto a las Bienaventuranzas evangélicas para llegar a su cumplimiento pleno. Los votos, en cambio, cuando no responden exactamente a la misión de éste, son sólo una imposición externa que lo carga de obligaciones suplementarias. Son como una nueva ley más pesada aún que la antigua pues la nueva veja duramente tanto las necesidades más imperiosas del hombre cuanto sus aspiraciones más nobles, mientras que la antigua lo que hacía era contentarse tan sólo con reglamentarlas de forma general y relativamente amplia. A cambio de algunos éxitos espirituales, cuya importancia y magnitud es imposible minimizar pese a que se hubieran dado sin el constreñimiento de unos compromisos definitivos, la observancia de los tres votos, ¡cuántos fracasos ocultos o patentes no habrá supuesto, a los que habría que añadir los sufrimientos que habrá causado, los falsos problemas interiores que habrá planteado y las desviaciones íntimas que habrá provocado!

A decir verdad, todo esfuerzo sobre sí que no se inspira en el entendimiento íntimo de Jesús puede ser que haga de uno un asceta –que a menudo no será sino un maníaco– pero no un discípulo. Toda técnica que utiliza las Escrituras de forma sentimental o cerebral, y que se somete a su letra para fundamentar y desarrollar sistemáticamente sus principios y sus aplicaciones, lejos de valorar al hombre es un abuso y una afrenta contra él. Cuanto más generoso y vigoroso es el hombre, tanto más la técnica lo hechiza con sus prácticas. Pese a

toda la energía y tenacidad que el hombre puede desplegar en seguirla, esta técnica lo esteriliza, parcialmente al menos, y lo conduce, por lo general, tarde o temprano, a un atolladero del que resulta difícil adquirir conciencia hasta que los acontecimientos y las reacciones íntimas no le ponen a uno en situación de ser por fin auténticamente hombre. De cualquier forma, los votos, como las técnicas, están en el origen de muchas crisis, desconocidas o reconocidas, secretas o patentes, cuyo carácter dramático y cuya gravedad de cara al porvenir es imposible subestimar.

*Los votos perpetuos y la fidelidad conyugal  
o paterna son muy diferentes*

Los votos perpetuos son de naturaleza radicalmente diferente de la de los compromisos temporales, cuyas dificultades son de orden distinto. No obstante, por otra parte, el carácter definitivo de los votos no se puede asimilar a la estabilidad de la relación que vincula para siempre al hombre con su mujer y con cada uno de sus hijos.

No se pueden asimilar ambas cosas no sólo porque el instinto – al contrario de lo que ocurre con los votos– facilita la fidelidad al hacer que ciertas satisfacciones sensibles acompañen al amor y a la paternidad, los cultiven y, llegado el caso, alivien al hombre de sus heridas y las reparen. No se pueden asimilar tampoco porque la fidelidad es intrínseca al amor y a la paternidad no sólo como una consecuencia sino como una condición. La fidelidad implica necesariamente la estabilidad. El hombre lo comprende tanto mejor cuanto más consciente es de las exigencias de su ser, de las exigencias de aquéllos que están tan íntimamente unidos a él y de la profundidad en la que el amor humano y la paternidad y la filiación se inscriben tanto en él como en ellos. El hombre tanto más suscribe que la fidelidad implica la estabilidad cuanto más fe tiene en sí mismo y en ellos y más distingue esta fe de sus propios sentimientos espontáneos. Allí donde desaparece la estabilidad que procede de la fidelidad dejan de existir el amor y la paternidad en su realidad propiamente humana. Con razón se puede pensar, además, que, en las situaciones en que

desaparece la estabilidad –salvo graves excepciones que hieren mortalmente la vida espiritual propiamente dicha–, el amor humano y la paternidad nunca habían existido antes en su naturaleza eminente, pese a que se pudo creer que sí, de buena fe pero engañándose por falta de formación verdaderamente personal. Tan sólo hubo, en estos casos, tentativas abortadas que el instinto provocó o que el hombre, más que quererlas espiritualmente, se permitió, y luego no pudo llevar a término por falta de profundidad y de interioridad.

La fidelidad a Dios –que es fundamentalmente fidelidad a sí mismo también– tiene exigencias no menores que el amor y que la paternidad pues pertenece al más puro y elevado orden de lo humano, sin embargo, por su misma naturaleza, no comporta, cara al futuro, realizaciones que puedan precisarse desde el comienzo como en los votos. Por la fidelidad a Dios, el hombre se abre a un ignoto que debe descubrir a cada paso. Con una ignorancia siempre más completa de lo que él se piensa, está abocado a lo que debe ser y que cada día debe inventar. No puede, sin pecar de imprudencia o de presunción, afirmar que la voluntad de Dios sobre él, y la justa correspondencia a lo que nace en él, contrapartida imprescindible de esta voluntad, supondrán siempre la observancia de los votos, con sus exigencias tan estrictamente determinadas y tan en falso, respecto a las necesidades fundamentales del ser humano, como contrarias a sus aspiraciones más poderosas. Indudablemente, esta imprudencia y esta presunción de afirmar que la voluntad de Dios sobre sí coincide con los votos son tanto mayores cuanto más joven se es y el estado espiritual en que se está es aún poco avanzado y está todavía por hacer. Sólo mucho más tarde –después de haber alcanzado un conocimiento suficientemente profundo de sí y de la condición humana, y después de haber penetrado en la propia existencia y en su misión, y de haber entrevisto ya su línea directriz– puede el creyente sentirse llevado a hacer unos votos que, en tal caso, son sólo la confirmación y la manifestación externa de lo que él es y está llegando a ser debido a una fidelidad que coincide, casi por completo, con su libertad.

*Muchas personas entre las más religiosas desean los votos perpetuos*

Es un hecho que muchos de entre los hombres más religiosos se ven llevados a desear pronunciar los votos y querer que éstos sean perpetuos. Es importante para ellos ver inscrito en letras de molde, en medio de la banalidad cotidiana, el carácter absoluto de aquello a lo que tienden pero que, sin embargo, básicamente, está por realizar en lo más íntimo, cualesquiera que sean los compromisos ya contraídos, de los que, en definitiva, aquello a lo que tienden es independiente. Les hace en verdad felices recibir, gracias a la formalización de su estado de vida, la investidura de una excelencia catalogada y autenticada por la Autoridad. A decir verdad, este estado de vida –base de una excelencia oficialmente reconocida y adquirida definitivamente al parecer– exige igual tenacidad y aguante, igual esfuerzo continuo de interiorización e igual fidelidad, en vigilia incesante, que cualquier otro estado de vida. No obstante, es frecuente que sólo se haga referencia, destacando su valor religioso, a la tenacidad y aguante propios de este estado.

A los que se comprometen a los votos, les ayuda –por otra parte de un modo ambiguo– el clima social lleno de atenciones hacia ellos pero también de reprobaciones si llegan a traicionar sus compromisos. Así secundados psicológicamente y digamos que casi sacramentalmente, se creen confirmados en que no desfallecerán en el camino ascendente de la perfección en que están ya tan comprometidos. Ignoran aún que, aun cuando sean materialmente respetadas, no hay barreras ni clausuras para quien no las mantiene libremente cada día con sus propias manos y amorosamente. Ignoran que, en la vida espiritual, detrás de toda seguridad prometida, acecha un cierto formalismo.

*La anunciación del comienzo de la vida de algunos únicamente ayuda a entrever el espíritu de las realizaciones futuras; no así los votos, que imponen una letra de forma precisa desde el principio*

Al comprometerse de forma definitiva, estos creyentes ven, en sus votos, la respuesta a la voluntad de Dios sobre ellos. Reciben de

éstos una luz y una fuerza que les parecen confirmar y prolongar las de la anunciación que conocieron al comienzo de su vida espiritual.

Sin embargo, esta anunciación, aunque fue ciertamente profética, tal como han podido ya reconocer con alegría, les aportó en su momento una representación del futuro muy diferente del que la realidad les ha llevado a vivir. Dicha representación era exacta en su espíritu y por eso no les engañó en el fondo aunque su forma fuese principalmente consecuencia de ideas corrientes en su entorno o efecto de influencias particulares y ocasionales de algunos: es que no procedía fundamentalmente de ellos mismos aunque preparase útilmente, pese a hacerlo aún de lejos y de forma oscura, este futuro de ahora que bien hubiera podido ser que entonces les hubiera inspirado temor, repulsión o tal vez incluso presunción.

De un modo semejante, es de temer que unos votos perpetuos que suponen unos compromisos precisos –aunque previamente se cumplan unos plazos de prueba y se acepten por prudencia algunos ensayos temporales– no respondan exactamente, pese a la seguridad íntima que al principio pudiera tenerse, a lo que estos creyentes deberían verdaderamente realizar en el porvenir para ser fieles a Dios sin restricción, tal como desean de forma tan resuelta.

Puede ser que más tarde se les pida dejar esta vía, que preveían para siempre, y tomar otra distinta que, aunque no lo parezca de entrada, resultará más exigente incluso; y tanto más, además, por cuanto estos creyentes, debido a un pasado dirigido y orientado demasiado sistemáticamente en otra dirección, están mal preparados para ella. En definitiva, los votos comprometen un porvenir cuyo único dueño no es el hombre sino Dios y cuyo germen está enterrado en una profundidad del hombre que éste no puede alcanzar en sí pues es de Dios.

*Los votos implican una concepción de Dios que lo separa radicalmente del hombre, su criatura*

Contraer unos votos perpetuos sería un acto religioso puro y exacto, y no sólo útil psicológica y socialmente, un verdadero sacrifi-

cio ofrecido a Dios, si se tuviera una noción estrictamente fixista de Dios y una concepción puramente jurídica de su relación con el Mundo: un Dios privado de un devenir propio porque le bastaría ser, y cuya actitud frente al hombre se reduciría a la de un examinador que interroga siguiendo un programa preciso dictado de una vez por todas, sin ninguna relación con el punto de partida del candidato ni con lo que éste podría realizar en el futuro; un Dios, en fin, que pondría al hombre a prueba como un juez atento a pronunciar una sentencia tan inflexible como la sanción de un determinismo.

Esta concepción y otras parecidas objetivan a Dios y lo despersonalizan, o sólo le dejan la libertad del capricho y de la arbitrariedad. Caricaturizan su trascendencia frente lo creado. Le niegan toda vinculación inmanente con el Mundo y, en particular, toda vinculación con la interioridad del hombre. Lo que éste sea y pueda llegar a ser sería totalmente ajeno, en esta perspectiva, al ser mismo de su Creador, y sin ninguna influencia sobre Él. El sacrificio que consumirían los votos, y que sería su razón de ser, constituiría el reconocimiento más perfecto posible de la distancia absoluta que separa y aísla a Dios de su criatura y a ésta de Él, conforme a una inmovilidad irremediable. Paradójicamente, cuanto más consciente fuera el hombre de su propia naturaleza y, por consiguiente, fuera más la obra maestra de Dios, tanto más tendría que querer destruirse para confesar simultáneamente su nada y el Ser; destrucción, por otra parte, condenada a ser vana pues no puede menos que fracasar.

Los adeptos de muchas religiones compartieron durante mucho tiempo esta concepción de la relación entre Dios y el hombre. El carácter extremo del sacrificio impuesto por los votos manifestaba, a los ojos de éstos, la intensidad que ellos querían dar a su reconocimiento de la soberanía absoluta de Dios. El sacrificio de los votos les hacía tocar las fronteras de la vida en las que el hombre conciencia vigorosamente su condición de dependencia. Mediante el dominio de todo atractivo terreno o, más aún, mediante el rechazo de todo vínculo terreno y, aunque imposible, de todo uso de las fuentes de la vida, el sacrificio los conducía a la libertad del vacío y les hacía pre-

sentir de lejos, aun sin alcanzarla ciertamente –por lo menos merced a dicha técnica–, la libertad de la plenitud en Dios.

Esta concepción parece contradecirse irreductible con la idea que los hombres, en la época moderna, ineludiblemente, se ven conducidos a hacerse de Dios y de la grandeza humana. Según la concepción anterior, Dios no se inventaría a sí mismo a partir de lo que Él es y Él crea precisamente porque Él "es". Sería absolutamente independiente de toda historia terrestre y no recibiría de ella nada para su propia determinación. Se mantendría totalmente extraño al devenir de su obra, predestinada, desde el comienzo, al término que debe alcanzar. Esta obra sería para Él accesoria y sin relación con lo que Él es y llega a ser; sería ocasión de su acto creador sin ser en cambio, en modo alguno, fuente de su inspiración. Paradojas que no dejan de ser poderosamente seductoras como todo lo que es simple y extremo. Habiendo sido durante largo tiempo mantenidas, de ahora en adelante parecen inaceptables porque, caso de mantenerlas aún, habría que rechazar atribuir a Dios los estados elevados que conocen los hombres en sus horas más luminosas, cuando crean; estados que llaman al hombre a elevarse hasta la fe en Él; estados –piensan éstos que las mantienen– que Dios trascendería por un rebasamiento que, a decir verdad, más parece una impotencia.

#### *Degradación frecuente de la observancia de los votos*

A decir verdad, no hay sacrificio que no sea mutilación si se elige y se realiza únicamente a partir de consideraciones teóricas. Por eso el sacrificio así consumado, aunque se haya hecho con la generosidad de un corazón entregado totalmente a Dios, corre un gran riesgo de ser, con el tiempo, origen de arrepentimientos sin remedio e incluso de desesperación cuando la ideología que lo originó se desmorona irremediamente bajo el peso de lo real entrevisto al fin. Fuera de los casos favorables pero raros en que los votos responden magníficamente a las potencialidades del hombre bien porque éste las desposa plenamente en la armonía de su ser bien porque las asume mediante el heroico vigor de su vida espiritual, los votos degeneran,

con bastante rapidez, en reglas de vida a las que unos se pliegan por disciplina o por escrúpulos y otros soportan o se arreglan con ellas como buenamente pueden; reglas que se observan pero que ya no se quieren como sucedía al comienzo de la vida religiosa. Ajenas en adelante a las necesidades, posibilidades y auténticas aspiraciones de estos hombres, dichas reglas pierden el espíritu de las Bienaventuranzas que al principio las inspiró y no comportan más que cercenamientos materiales por los que pesan gravemente sobre sus destinos.

El hecho de suscribir unos votos perpetuos es fuente de un fervor que tan sólo dura un tiempo. La valerosa victoria sobre las aprensiones e incluso sobre las reacciones íntimas –a menudo violentas– que pueden sentirse con ocasión de los votos prepara, con frecuencia, graves dificultades en el porvenir. Algunos superan felizmente estas dificultades, por lo que son de valor para su mayor bien espiritual. De ordinario, sin embargo, con el desgaste de los hábitos que la rutina secunda, el hombre acaba por aceptar tan sólo lo que al principio tanto había deseado; aceptación que tiene más de resignación que de amor, que corre el riesgo de tender tanto a gloriarse –interiormente al menos– de ellos para mejor soportarlos, como a imponerlos a quienes siguen la misma vía, y a hacerlo con una intransigencia, además, tras la que se oculta su propia pasión...

*Los votos de pobreza y de obediencia no son,  
normalmente, los más pesados de observar*

No son los votos de pobreza y de obediencia los que normalmente comportan las consecuencias más graves por razón de haberlos pronunciado sin la experiencia humana y el desarrollo espiritual suficientes como para tener un conocimiento real de las potencias que surgen de dentro, de las posibilidades que despuntan como promesas y de los efectos que dichos compromisos definitivos conllevan.

El primero de estos votos, cuando se observa según las reglas habituales, de forma que una cierta riqueza colectiva sostiene y ate-



núa en parte la pobreza individual, no hace sino estabilizar al hombre en el clima –favorable a la vida espiritual– de una vida sencilla y segura; vida que cualquiera debería poder llevar pese a ser aún tan sólo la suerte de una pequeña minoría.

En cuanto al voto de obediencia, éste suele proceder de las necesidades de la vida en común y de la acción en equipo que busca la eficacia. La vida en común y la eficacia de la acción en equipo no se dan sin imponer a veces grandes sacrificios. Así ocurre cuando se da o bien una incomprensión por parte de los superiores, demasiado alejados de sus subordinados, o bien unas exigencias determinadas debidas al funcionamiento de las instituciones, sobre todo cuando éstas se ven amenazadas en su misma existencia. Sin embargo, por lo regular, en la medida en que hay una cierta relación entre los dones visibles del hombre y lo que éste está interiormente llamado a hacer, no hay una heterogeneidad radical entre lo que se le manda y lo que la llamada íntima le exige. Poco a poco todo se armoniza o puede asumirse religiosamente sin requerir una elevación espiritual excepcional.

Por otra parte, aun sin hacer voto de obediencia, ¿acaso no es indispensable que los cristianos se sometan a sus jefes religiosos en todo lo que atañe al ámbito propio de la Iglesia? Aunque los cristianos no deben esperar la orden de un superior para tomar las iniciativas a las que se sienten íntimamente llamados, y aunque no tienen porqué solicitar permiso antes de promoverlas pues, caso de hacerlo, muchas de ellas no llegarían a tiempo o degenerarían gravemente por el hecho de esperar a que dicho permiso llegue o por el de considerar que dependen de él, no obstante, por amor a su Iglesia y con objeto de procurar a ésta una salida sin crisis en lo posible –lo cual nunca será más necesario que en los tiempos que se avecinan–, los cristianos no deben hacer nada que se les prohíba explícita y personalmente. Hay paciencias que preparan el porvenir mejor que una actividad quizá exacta pero fuera de lugar porque la autoridad la condena.

Hay también, sin duda, realizaciones extremas de estos dos votos y especialmente del de pobreza. Estas realizaciones dependen

demasiado de los itinerarios espirituales de cada uno y de circunstancias a menudo excepcionales como para que se las juzgue desde fuera conforme a normas generales. A veces, sin embargo, estas realizaciones extremas conducen a verdaderas excentricidades y a provocar desviaciones religiosas tanto más graves cuanto más cultivan un determinado fervor. Se deben a la vía aberrante de algunos espíritus enteros, por lo general muy sentimentales pese a una corteza aparentemente ruda, desprovistos de buen sentido y desviados por alguna doctrina sistemática y sin matices; espíritus fuertes cuya violencia se desencadena so capa de alguna virtud heroica.

*Hay una obediencia cuya observancia sólo puede consistir en la guarda de un retiro silencioso*

Sin duda hay casos dramáticos, sobre todo relativos al voto de obediencia. En particular se dan en las épocas en que el hombre hace un escrutinio de sus creencias a la luz de su conciencia y en nombre mismo de su fe pues su profundización le conduce a exigir, con rigor, la autenticidad de todos sus actos. La fidelidad a su misión puede entonces llevarle a negar a la autoridad la obediencia que le prometió; y a no aceptar lo que esta autoridad quiere imponerle en cuestiones demasiado íntimas y personales para él, y que comprometen su responsabilidad demasiado directamente como para que la disciplina general pueda resolverlas. Estos casos, excepcionales en tiempo normal, son frecuentes por desgracia cuando la Iglesia, pesadamente lastrada por su pasado, se enfrenta a una situación nunca antes conocida y su reacción es aferrarse a lo que siempre ha sido hasta el momento.

Estos rechazos y negativas no sólo son legítimos sino que son exigidos imperiosamente por la fidelidad más exacta. No se trata en modo alguno de rebeldías pues estos rechazos y negativas incluyen aceptar el exilio y la desaparición total en el silencio así como dejar al porvenir el cuidado de resolver el desacuerdo fundamental planteado. Hay retiradas y silencios que se imponen cuando la obediencia es inaceptable interiormente. Estas vías –difíciles entre todas– son

auténticos umbrales que introducen en la excepción bajo la única responsabilidad de aquéllos a quienes afectan. Si este camino se recorre adecuadamente, se asemeja al que Jesús recorrió hasta el final frente a las autoridades de Israel. Supone una autentica pasión, a través de la cual se prepara el futuro.

Existe por el contrario una obediencia puramente exterior y material que destroza al hombre. Tanto el uso de artimañas como el uso de sentidos aproximativos en los términos que se utilizan son, en esos casos, unas escapatorias que, irónicamente, no están exentas de consecuencias. Estas ambigüedades, en efecto, incluso cuando son medio inconscientes, penetran en lo hondo del hombre y obran en contra de la unificación de su ser y del carácter total del don de sí mismo que quiso hacer, lo cual hace que su proceso espiritual se estanque. Simétricamente, sin embargo, cuando la rebeldía es abierta y militante, las polémicas apasionadas que se desencadenan acaban por falsear el espíritu. Quien se entrega a la rebeldía se encamina hacia un escepticismo que acaba por corroer toda posible vida espiritual y del que es difícil escapar, si no imposible. En cualquier caso, la rebeldía retrasa el advenimiento de lo que, por otra parte, tiene que llegar.

*El voto de castidad es, con mucho, el más exigente*

Sin embargo, las deformaciones y los defectos que pueden comportar los votos de pobreza y de obediencia no tienen la gravedad de los del voto de castidad. No en vano este último, más que los otros, ataca a uno de los instintos más poderosos del hombre, a uno de sus recursos más ricos en posibilidades humanas pero que, en contrapartida, es también la mayor fuente no sólo de impulsos desordenados sino de aberraciones que amenazan al hombre y a la sociedad.

*Raros son los hombres que desean y pueden observar sanamente el voto de castidad*

¡Qué escasos son los hombres que desean la castidad rectamente y no bajo el efecto de prejuicios instintivos o hereditarios, debidos a

las dificultades individuales y sociales que suscita desde siempre la atracción entre los sexos! Muchos adolecen de un temor supersticioso a los actos carnales, e invenciblemente tienden a considerarlos como delictivos en sí, independientemente de sus consecuencias. Muchos sienten un espanto enfermizo, incluso una cierta aversión morbosa ante lo que ignoran, ante lo que imaginan equivocadamente y sin embargo desean en el fondo con pasión, sometidos al vértigo de determinadas horas.

¡Qué pocos son los hombres que tienen en este terreno un verdadero equilibrio físico y nervioso, una inocencia que no sea el resultado mediocre de una sistemática huida de lo real, y un dominio de sí que en absoluto provenga de una violencia temperamental o se apoye en algunas ideas falsas! Sólo para estos pocos sería legítimo el voto de virginidad con tal de que respondiese a su misión. Pero, ¿cómo saberlo con certeza en plena juventud, cuando todo está todavía en potencia y no se entrevé apenas por dónde se avanzará en la vida física y en la espiritual?

*Las posibilidades que permite el celibato  
no deben ser la razón de escogerlo*

El celibato no debe ser consecuencia de una doctrina general sobre la vida espiritual ni efecto de una jerarquía establecida entre los diversos géneros de vida, del interés que suscita un sacrificio merecedor ante Dios o del hecho de considerar al celibato un estado ejemplar a los ojos de los demás. Estos puntos de vista sólo son sanos, y por consiguiente legítimos, cuando confirman al hombre en su camino, no cuando funcionan como argumentos de su elección, tal como suele suceder. En efecto, estos puntos de vista se exponen y se valoran en los medios religiosos con tanta frecuencia que acaban por influir, de modo preponderante, en las decisiones de los jóvenes, que son generosos por naturaleza y fácilmente seducibles por la sencillez de las abstracciones y la brutalidad de las afirmaciones sin matices.

Aquello que el celibato posibilita o proporciona indirectamente, y que debería permanecer en segundo término como una consecuencia útil pero no decisiva, es, con demasiada frecuencia, la razón principal de elegir unos compromisos que quieren ser definitivos. En especial, no se debe escoger la vida que supone el voto de castidad por razón de la disponibilidad total que éste procura, a diferencia de la vida familiar, y que parece exigir la obra a realizar o ya emprendida. El celibato posibilita, en efecto, unas iniciativas y unos compromisos que son incompatibles con los deberes de un padre de familia hacia su mujer y sus hijos. Por esta razón, sin necesidad del correspondiente voto, es cierto que el celibato se impone al comienzo de ciertas vidas que, de otro modo, no lograrían la amplitud necesaria para dar plenamente su fruto. En los casos, sin embargo, en que el celibato voluntario no responde perfectamente a la vida espiritual, rápidamente pasa a cuestionarse por más que no se deba, de suyo, ni a timidez ni a irresolución ni a prejuicios instintivos o doctrinales. Aparte de algunos casos excepcionales y felices, el celibato comporta inconvenientes demasiado graves para quien lo observa, además de que, indirectamente, también comporta dificultades demasiado numerosas para quienes le rodean. El célibe no reacciona fácilmente con la exactitud y la flexibilidad necesarias en las situaciones que, tanto por su parte como por la de la otra persona y por múltiples razones, nunca están exentas de ambigüedades cuando menos inconscientes aun cuando los comportamientos sean rigurosamente rectos. En dichas situaciones, se requiere mucha sutileza e intuición o, en su defecto, una sabiduría adquirida mediante experiencias siempre onerosas para los otros y para sí.

*El celibato que no es consecuencia de la propia misión sólo procura una disponibilidad ficticia*

Cuando la castidad sólo es la consecuencia de una doctrina, el ejercicio de un método o el resultado de una resolución, la disponibilidad que procura se llena únicamente de ocupaciones, y desemboca en el vacío de una vida carente de auténticas comunicaciones, reducida a la inflación de relaciones superficiales, llenas de buena

voluntad y de cordialidad pero cuyas maneras, por virtuosas que sean, son siempre un tanto artificiales y ficticias. Entre quienes dicen hacerse «todo a todos» de esta forma, ¿cuántos están verdaderamente entregados siquiera a algunos? ¡Dichoso pero cuán excepcional es el hombre que no necesita abrirse y apoyarse en el amor humano y en la paternidad para darse auténticamente, ni tampoco necesita descubrir el don a los demás a través del don del esposo y del padre a los suyos a través del modo, casi demasiado físico, por el que participa en sus destinos!

El celibato que viene impuesto indirectamente por el estado de vida que se ha escogido es raro que se llegue a desear por él mismo de forma sana. Raro es, además, que se sobrelleve sin afectar a la salud del espíritu, aparte de la del cuerpo, como también ocurre con el celibato impuesto por las circunstancias. Unos, se afeminan y se vuelven sentimentales, y sus modales no dejan de reflejar un cierto afán de complacer, totalmente inocente por otra parte. Otros, se endurecen cara a sí mismos y a los demás, y su austeridad desconoce la serenidad y la discreción. Muchos de ellos derivan paulatinamente hacia un sentimiento de aversión irreprimible frente a todas las manifestaciones de la sexualidad. Sus convicciones en este tema son intocables y las defienden con intransigencia pues en ello les va su equilibrio personal. Defienden así su vida, que han construido, si no a partir de dichas convicciones, sí, al menos, a través de los combates que han tenido que librar para permanecer fieles a las mismas. A pesar de las victorias, estas luchas, a menudo reemprendidas en momentos de fatiga y de fracaso, los dejan fundamentalmente tocados pues sus resoluciones, de origen exclusivamente doctrinal, no pueden ni hacerles someter sus instintos profundos ni permitirles asumirlos humanamente. A veces conocen el vértigo. Es como si todo lo que el fervor ideológico había reprimido en ellos resurgiese con la fuerza de un maremoto, pasajero pero siempre desastroso. Al no avanzar por el camino que suele llevar a la paternidad natural, para compensar, tienden a cobrar autoridad sobre los demás: so capa de celo apostólico, aspiran con pasión a la dirección de almas y de vidas.

A diferencia de la función, ni que ésta sea de orden sagrado, sólo la misión puede imponer la castidad por la fidelidad que exige. Por eso el hombre que aún no ha alcanzado el nivel de su misión, es decir, que aún está en el estadio de la vocación, en el que la función juega un papel importante si no primordial, no está espiritualmente preparado para hacer un voto perpetuo de celibato.

#### IV

*Sacerdotes y religiosos están separados del mundo por su formación, sus votos y sus funciones, más que por la calidad de su vida espiritual*

Por lo general, la formación del seminario y del noviciado, los votos y especialmente el celibato gravitan pesadamente sobre el sacerdote y el religioso que no es de una talla notable. A pesar de todos los esfuerzos de apertura que éstos puedan hacer, siempre están un poco separados en el plano de las relaciones personales. La afabilidad, la bondad, la entrega no bastan para abolir completamente una distancia debida menos a la diferencia de clase social o de cultura que a una cierta heterogeneidad propiamente humana. Esta distancia puede facilitar el ejercicio de la autoridad pero interpone una opacidad no desdeñable a la irradiación espiritual cuando ésta existe.

Pero aún hay más. La autoridad del sacerdote y del religioso tal como hoy se concibe y la conciencia que éstos tienen de representar a la Iglesia y al Magisterio imponen a estas personas –o tal vez tan sólo les inspiran– expresiones, actitudes y actividades que no responden exactamente a las que dirían, tendrían y emprenderían por sí mismas y bajo su propia responsabilidad. Esta discordancia íntima, aunque sea inconsciente –y más por tanto si les causa escrúpulo y se la autorreprochan–, les impide ser y pensar con la autenticidad y el vigor propios de gente madura.

Esta discordancia secreta les impide afrontar, sin sutiles componendas para las que algunos son artistas consumados, las cuestiones verdaderamente capitales que la vida humana de su tiempo plantea.

Esta discordancia, además, frena indirectamente el gusto por los temas espirituales; gusto que espíritus religiosos como ellos deberían tener. Esta falta de interés se manifiesta en el modo como estos hombres oficiales abordan los problemas que preocupan a aquellos que, en teoría, están a su cargo. En lugar de buscar resolver estas dificultades sólo intentan convencer, frenados o incluso impedidos, pese a una honestidad de fondo, por las posiciones y afirmaciones incuestionables que, sin previo examen, se juzgan dimanar de los dogmas porque, desde siempre antes, se sostuvieron de forma oficial y unánime. Es como si estas dificultades no les concerniesen a ellos también directamente. Por eso se limitan a atenuarlas y a minimizar su importancia.

*Cuando se tercia, les es difícil tener con los demás, e incluso entre sí, una comunicación intelectual sin reservas*

Ser sólo uno mismo modesta y valientemente, tal como exige el cristianismo de llamada, parece no convenir al estado eclesiástico cuya función es ser exclusivamente el representante y el órgano de una Autoridad considerada esencial. Sin embargo, sin esta sinceridad, humilde y valerosa, no se puede vivir una autenticidad real sino sólo una conformidad virtuosa. No se es digno del carisma apostólico. No se puede ser más que un profesor o un abogado. En efecto, a fuerza de representar un papel, muchos sacerdotes llegan a identificarse con él y hacen que su vocación degenera en simple función.

Por esta misma razón, las confidencias completas de alma a alma, tan fecundas e incluso necesarias en la vida espiritual, son enormemente raras entre sacerdotes y laicos, e igualmente –y puede que aún más – entre sacerdotes o entre religiosos.

Por lo mismo, paradójicamente, son los hombres que más sufren en el estado eclesiástico –porque no han podido o no han querido amoldarse totalmente a él a causa de sus secretos fraudes– los que mejor transmiten la llamada cristiana; lo hacen mucho



mejor que aquéllos que se encuentran cómodos en dicho estado por la facilidad de su carácter –facilidad que bien puede ser debilidad– o por sus tenaces esfuerzos, a menudo fruto del escrúpulo o a veces reforzados por alguna rigidez de temperamento. Estos hombres, a pesar de la perfecta observancia de sus deberes de estado y a pesar a veces también de su profunda piedad, con frecuencia desvían a otros del cristianismo. En efecto, quien tiene un espíritu afinado y despierto sobre sí mismo y sobre los otros capta enseguida que estos hombres no son de veras ellos mismos y están definitivamente deformados.

*El mundo eclesiástico no estima la vida espiritual tanto como pudiera pensarse*

La formación y las condiciones de vida del mundo eclesiástico, impuestas por la naturaleza actual de la Autoridad y sacralizadas en cierto modo por la doctrina, tienen consecuencias todavía más importantes. Fuera de las prácticas de piedad impuestas por el derecho canónico y seguidas exactamente, los hombres de iglesia no valoran la vida espiritual tanto como pudiera pensarse. ¡Cuántos se limitan a remplazar el recogimiento verdadero y el cara a cara consigo mismo y con Dios por unas devociones menos exigentes! ¿Por que no confesar que muy a menudo las reuniones de sacerdotes e incluso los retiros del clero confirman, por la atmósfera que reina en ellos, esta atonía espiritual que se disimula tras la llaneza, hasta la insignificancia, de las conversaciones entre colegas?

Esta relativa carencia, cuyas consecuencias no deben subestimarse, hace que muchos sacerdotes se vean llevados, dada su circunstancia social, a vivir una entrega mayor que la que su religión personal les exige y puede integrar. Esta inadecuación les lleva a dejar que las obras los acaparen y dispersen, y a no lamentarlo, y puede que incluso a buscarlo pues, si les faltase la tensión en que éstas les mantienen a veces hasta agotarlos, sentirían un vacío innegable en su vida y se dejarían invadir por la duda sobre el sentido y el valor de su vocación. Este secreto desequilibrio se da en la mayoría de

quienes no son centro de una reducida comunidad de fieles profundamente religiosos.

*A menudo el sacerdote está a merced del activismo moderno y le tienta desviar su apostolado propiamente religioso hacia una acción social o política*

Sin verdadera vitalidad religiosa, muchos sacerdotes están expuestos al activismo moderno. Arrastrados por él, siguen sus caminos y aplican sus métodos, incapaces de aportar a éstos las correcciones necesarias. Se lo impide su mediocridad espiritual, disimulada a sus ojos por la exacta observancia de las devociones reglamentarias.

Algunos sacerdotes –cuyo número crece bajo el influjo de la mentalidad reinante– erigen en leyes generales unos comportamientos cara a los demás que seguro que proceden del Evangelio pero que, en ellos, no proceden menos de una ideología política o social a la que se han entregado apasionadamente y en la que se inspiran de un modo más real aún. Las impugnaciones con las que acompañan a estos comportamientos les confieren a éstos cierto carácter áspero y violento que de suyo no necesitan, y menos para presentarse ante aquéllos a quienes se invita a adoptarlos. Eliminar dichas asperezas y violencias sería incluso una condición indispensable para invitarles a adoptarlos de forma útil y conveniente. De hecho, son bien pocos los que saben elevar estas impugnaciones a la altura de las maldiciones evangélicas pues para ello haría falta primero ser discípulo de veras de las Bienaventuranzas, que proceden de un espíritu totalmente distinto.

También de acuerdo con el siglo, muchos sacerdotes comparten los prejuicios contra toda interioridad y recogimiento. Algunos llegan a desacreditar toda actividad espiritual personal, a la que confunden con cierto narcisismo o egoísmo sacralizado. Actuando así, preconizan lo que ellos son y basan su apostolado en la justificación de lo que viven.

*La quiebra de muchas vocaciones sacerdotales o monásticas se debe menos a la debilidad que a una falta de autenticidad y de profundidad de la vida espiritual*

La pronunciación oratoria o sentimental de la doctrina, de continuo repetida en público, suele ocultar un vacío inconfesado que poco a poco horada las convicciones aparentemente más personales. El personaje y la función disimulan, bajo la respetabilidad y la entrega, el fracaso de aquél que, al no estar ya bastante en contacto consigo mismo como para mantenerse en el nivel de la fe, sólo tiene una adhesión ideológica, por otra parte cada vez más reticente, hacia la doctrina. No hay que extrañarse, pues, del hundimiento de algunas vocaciones religiosas o sacerdotales. Fuera de los casos que provienen de malas orientaciones iniciales –a las que favorecieron el clima encendido de las organizaciones a que pertenecieron y la conducta de directores cuyo celo era mayor que su nivel espiritual–, al resto, de cuya generosidad no cabe dudar, les ha faltado la vida interior y el espíritu de búsqueda que, en el tiempo de su plena entrega y disponibilidad, nadie les ayudó a descubrir.

Es demasiado fácil y generalmente falso acusar de esta quiebra a la debilidad humana. Este fracaso no alcanza a los mediocres que, mal que bien, se adaptan a su situación y se resignan a ella, tan irremprochables como inaccesibles... Esta quiebra puede ser la suerte de los más dotados, de los más capaces de responder plenamente a las exigencias de autenticidad incluidas en la llamada apostólica; exigencias de un orden totalmente distinto al de la obligación material, incluso virtuosamente asumida, de unos votos canónicos.

¡Cuántos seres particularmente capaces de irradiación apostólica se ven así vencidos! ¡Qué desconcierto el suyo! ¡A qué profundidad no llegará su trastorno! ¿Acaso hay que extrañarse de que, tras de una crisis semejante, bajo el peso de un pasado tan gravoso, raramente reencuentren un equilibrio real y sólo muy de tarde en tarde alcancen la armonía y la dicha pese a haber logrado unas condiciones de vida completamente normales exteriormente?

V

*La crisis de vocaciones sacerdotales y monásticas coincide con el decrecimiento de la importancia social de la Iglesia*

Fuera de los tiempos en que lo dramático y amenazador de la vida hace reaccionar a los hombres e inclinarse hacia una piedad de fuerte base instintiva más que racional; y fuera de los países en que el estatus eclesiástico todavía se respeta e incluso se remunera lo suficiente como para preferirlo a otros, pues no suele pedir, además, una actividad particularmente generosa y enérgica; en el resto de circunstancias, el número de vocaciones decrece progresivamente. La crisis aumenta al par que disminuye no sólo el poder eclesiástico sino el influjo social del cristianismo. Sin duda, la indiferencia y la hostilidad religiosa, así como el clima del mundo moderno –efecto de un ritmo de vida trepidante y de la posibilidad de disfrutar de todo tipo de comodidades dentro de una relativa seguridad–, estorban considerablemente el nacimiento y el ulterior desarrollo de las vocaciones. Con todo, la disminución acelerada y casi vertiginosa de su número se debe también a otras razones, y puede que más incluso.

*La crisis de vocaciones se debe, en parte, a las condiciones de escolarización de la juventud*

La instrucción actual impone un tipo de vida a los jóvenes que también es responsable de esta situación. La enseñanza que se les impone está mucho menos destinada a proporcionarles una verdadera cultura humana que a utilizarlos en vistas a la grandeza económica y política de su país. Los sacrifica así a los dioses del momento. La sobrecarga de los programas y el régimen de exámenes y de concursos de los que depende su porvenir aplastan a la mayoría y sólo los más dotados lo soportan. En una edad en la que el joven está en una fase de su desarrollo en la que lo concreto debe ser lo principal, la enseñanza puramente abstracta que se les da puede formar, en rigor, máquinas de argumentar, aunque, más bien, lo que ocurre es que pro-

duce máquinas de hablar; y, si esta enseñanza puramente abstracta triunfa en los más inteligentes, no es sin cerrarles el acceso a la vida real, pues los mantiene en una cierta puerilidad que contrasta con su acumulación de conocimientos.

Estas condiciones no favorecen en absoluto la vida interior e incluso a menudo impiden que nazca porque fomentan la exteriorización y tornan difíciles –si no imposibles– tanto el recogimiento como el silencio. Asimismo retrasan –hasta incluso impedir a veces que llegue– una madurez que sólo se alcanza si se respetan los ritmos de crecimiento y los auténticos centros de interés de cada uno. Por eso no es de extrañar que muchos jóvenes no encuentren en su interior sino el vacío cuando el ruido no viene a invadirlo, y que no sean capaces de permanecer a solas consigo y estén abocados al más negro aburrimiento a no ser que una actividad de grupo los ocupe. ¡Cuántos siguen siendo unos inadaptados o unos asociales de por vida porque nada les une a ésta pese a estar hechos fundamentalmente para la fe, de la que son incapaces por falta de formación humana!

Ninguna llamada puede escucharse en un clima interior así y en un estado de inmadurez y de malformación como éste aunque el individuo sea profundamente generoso y recto. ¿Como podría tener esta llamada suficiente estabilidad e intensidad, de modo que un joven pudiera reconocerla, y, con la luz y la energía precisas, pudiera tomar unas decisiones que son ajenas, si no opuestas, a la mentalidad y a las seducciones del mundo moderno?

*La crisis de vocaciones también se debe a una inadaptación real de la vía eclesial y de la monástica*

La disminución de las vocaciones en la época actual no sólo se debe a un factor externo como es el déficit fundamental de la instrucción moderna. También se debe a un factor interno. Esta regresión no es, en efecto, sólo consecuencia de la mediocridad, de la dispersión, de la impreparación de las personas para encontrarse consigo mismas

en profundidad debido a que la sociedad las orienta a ser tan sólo reflejos de su medio. Esta regresión también proviene de la riqueza latente en estas personas, que es diversa hasta el extremo y que no concuerda con las normas del estado sacerdotal y monacal tal como actualmente todavía se conciben.

Antaño, la civilización, encerrada sobre sí en una cristiandad inmóvil y orientada por completo hacia el pasado, canalizaba desde su infancia a los jóvenes que se prestaban; y los preparaba, aunque no lo hiciera sistemáticamente, a fundirse en los moldes eclesiásticos que tenían la inmutabilidad de las instituciones divinas y que a menudo incluían, además, las cualidades y ventajas de una buena instalación mundana. Hoy, muchos jóvenes profundamente religiosos no encuentran en el estado eclesiástico lo que buscan oscuramente, lo que respondería a sus necesidades más reales y a sus posibilidades más ricas. Las vías sacerdotales y monásticas ya no les atraen. Sí que les atraen –y mucho– las riquezas religiosas que estas vías atesoran, pero son reticentes ante las concepciones ascéticas, los hábitos hieráticos, los métodos y las devociones propuestos, y el lugar primordial que ocupan en ellas la autoridad y la obediencia. De ningún modo se abstienen por falta de coraje o de generosidad. Se abstienen porque presienten oscuramente que no es esto lo que les conviene.

*Las organizaciones juveniles no favorecen el nacimiento de vocaciones pues descuidan lo que ellas mismas deberían tener de esencialmente religioso*

Por otra parte –lo cual no deja de ser paradójico–, las organizaciones juveniles, aunque no se desentienden por completo de este fenómeno, tampoco favorecen el nacimiento de vocaciones sacerdotales o religiosas duraderas en la medida en que, por lo general, se preocupan muy poco de la formación espiritual de sus miembros.

Esta formación se reduce, en el mejor de los casos, a conocer las leyes de la Iglesia y a estudiar someramente las Escrituras y tener cierta idea de la doctrina. Consiste, en cualquier caso, en un saber más

escolar que verdaderamente reflexivo, más verbal que realmente vivido. En estas obras se transmite un saber de una certeza olímpica, exento de espíritu crítico, desmemoriado de los errores del pasado: por ejemplo, los acumulados por varios siglos de concordismo. Consiguientemente, hay en ellas un rechazo a pensar que unos yerros no menos graves puedan deslizarse también, por ejemplo, en las ingeniosidades, recubiertas con el prestigio de la ciencia, que actualmente se emplean con más ostentación que auténtica honestidad intelectual. En estas instituciones se transmite un saber que lucha más contra la duda que contra la indiferencia intelectual que se sigue de que raramente se fomente el gusto por tomar, en este ámbito del conocimiento, alguna iniciativa de búsqueda personal. Inmediatamente le apartarían a uno de dicha búsqueda pues verían más sus peligros que su necesidad. El saber que se transmite de este modo engendra, por lo general, una saciedad difícil de digerir y por tanto casi irreversible. La vida religiosa se reduce entonces a la frecuentación de los sacramentos y a la puesta en práctica de unas consignas morales y de acción. Toda interioridad resulta accesoria y además se la acusa de subjetividad cuando no de narcisismo. Todo es hablar más de la Iglesia y de la Institución que de Jesús y de su trayectoria humana.

La «acción católica», fuertemente presionada por la jerarquía a responder –siempre conforme a sus directrices– a las inmensas necesidades que de hecho se manifiestan con urgencia en todos los ámbitos de la vida pública, más que a formar a sus miembros interiormente, apunta sobre todo a orientarlos hacia las actividades sociales o políticas. No repara en que pone así el arado delante de los bueyes, lo cual no es de extrañar pues no duda en orientar hacia este tipo de acción también a los jóvenes a pesar de que se trate de una actividad que exige algo más que la entrega espontánea propia de la edad juvenil. Sin querer ser un partido, e incluso luchando contra ello enérgicamente (aunque no es éste siempre el caso, tal como lo prueban algunas agrupaciones de signo extremo en Francia, u otras, de signo extremo o moderado, en determinados países todavía de cristiandad), la acción católica utiliza métodos muy semejantes; de manera que la

acción de masas y el adoctrinamiento colectivo, mediante actos que crean un determinado ambiente, aventajan a la formación individual o la remplazan completamente.

No obstante, también estas obras y actividades conocen, tarde o temprano, una mengua y un descrédito considerables. Sólo siguen teniendo éxito en quienes son especialmente capaces de acción, aunque sea con falta de reflexión verdaderamente personal. Cuando éstos perseveran, realizan un trabajo ciertamente útil pero en el que, en definitiva, fuera de la práctica de la moral cristiana y de la observancia de la doctrina social de la Iglesia, queda poco espacio para cultivar una interioridad verdadera y acceder a la fe propiamente dicha.

*Hay muchos que escuchan la llamada pero no descubren su camino*

No son los seres más profundos sino los más activos y entusiastas los que, a partir de estas organizaciones, se orientan hacia la vida sacerdotal o religiosa. Sin embargo, la proporción de jóvenes generosos formados por la acción católica que, tras dar los primeros pasos en la vía institucional, abandonan, incluso después de varios años, es considerable. Por otra parte, la acción católica no tarda en decepcionar, también ella, a las personas más religiosas que no toman la vía institucional. Aun reconociendo la importancia de las actividades que ésta les propone, no pueden evitar pensar que tales actividades no son ni lo esencial ni lo más urgente en los tiempos de grave crisis interior que vive la Iglesia. Presienten que se les llama a otra cosa sin saber demasiado a qué. Su inquietud topa, además, con quienes les dejan claro que cualquier actividad más específicamente religiosa no les compete o, al menos, les recuerdan que no deben tomar iniciativas en este terreno y que, en todo caso, sólo pueden trabajar en él bajo la vigilancia o incluso la estrecha dirección de los representantes autorizados por la jerarquía, cuya competencia descansa en la garantía de haber pasado unos exámenes y de haber recibido un mandato; algo que suena a sus oídos a prefabricado y pronto se les queda corto.



Todo esto, mucho más que una falta de instrucción propiamente confesional, es lo que explica por qué muchos jóvenes, verdaderamente llamados a ser testigos de Jesús, y que en un clima de cristiandad habrían entrado normalmente en las órdenes, poco a poco se apartan y optan por permanecer al margen. Algunos vegetan dentro y poco a poco se deslizan hacia pequeños cenáculos donde se cultiva un pietismo propio de otra época. Los más pierden paulatinamente el fervor de su juventud y se sumergen en unas ocupaciones generosas y ciertamente útiles pero en las que sólo encuentran la satisfacción moral del deber cumplido. ¡Dichoso el joven, rico en promesas, que se encuentra a tiempo con el discípulo de Jesús que, por su paternidad espiritual, le abre y le orienta hacia sí mismo, le muestra su propio camino, y lo anima a entrar en él sin temor a la soledad ni a las largas demoras que lo separan del descubrimiento de su misión!

*Regresión indudable del reclutamiento tradicional,  
sacerdotal y monástico*

Está claro que, en adelante, en determinados países de Occidente, aunque indudablemente sucederá lo mismo poco a poco en todos los demás, desaparecerán –si no lo han hecho ya– las facilidades para el reclutamiento sacerdotal o monástico que la institución de los seminarios menores ha permitido durante tanto tiempo pese a ser algo espiritualmente tan cargado de consecuencias onerosas. Las vocaciones tardías, que antiguamente eran incluso sospechosas de una tendencia congénita al inconformismo, pasarán a ser las más numerosas antes de que desaparezcan, por fin, las de los niños y adolescentes educados entre las faldas de la Iglesia desde la más tierna edad.

Ahora bien, incluso estas vocaciones tardías de jóvenes y de adultos serán, a su vez, cada vez más raras pues exigen, para nacer, desarrollarse y perseverar en una sociedad rica en todo tipo seducciones, un vigor de alma y una profundidad espiritual poco comunes que nada exterior facilita directamente y que, por otra parte, ya no podrá satisfacer lo que se ofrece en los seminarios tal como todavía éstos se conciben actualmente. ¿No es ésta la razón por la que

muchos seminaristas entre los mejores los abandonan para buscar fuera, a menudo en vano, el estilo de vida que les convendría?

*Un cambio esencial de los seminarios, por importante que sea, es insuficiente*

Para renovar la Cena por todas partes donde se reúnan algunos creyentes, y dar a esta reunión el lugar que le corresponde en la vida espiritual de un cristiano, una simple reforma de los seminarios es radicalmente insuficiente. Este servicio capital, el único esencial de la Iglesia pues los restantes convergen en él y extraen de él su razón de ser, exige mucho más. Hay que renovar todo el apostolado cristiano tanto en su espíritu como en sus medios, no sólo a causa de la indiferencia y hasta hostilidad del mundo moderno hacia toda vida espiritual sino también por razón de las necesidades y de las posibilidades humanas actuales.

*La renovación de la Cena exige separar la función sacerdotal del carisma apostólico*

Es necesario separar el carisma apostólico de la función sacerdotal y hacer así que esta función sea más accesible y esté suficientemente extendida como para asegurar que la renovación de la Cena sea regular y relativamente frecuente en todas las comunidades cristianas por reducidas que sean. Esta especie de democratización del sacerdocio debería ser posible aunque aún sea inaceptable e incluso inconcebible. Con todo, sería lo más fácil pues, a decir verdad, con ser importante, lo esencial no es esto. Lo esencial es favorecer mucho mejor, aunque sólo puede hacerse indirectamente, el nacimiento de la llamada apostólica propiamente dicha.

La Iglesia sólo recibirá la posibilidad de cumplir su misión de la sobreabundancia y de la autenticidad de la vida espiritual de sus miembros y no del montaje de unos marcos adecuados. Si se ha recibido el correspondiente mandato, y se tiene suficiente competencia y conciencia profesional, se puede cumplir la función sacerdotal honestamente.

El carisma apostólico exige infinitamente más. Aunque la formación de quienes desempeñen la función sacerdotal no se improvisa, no se hacen espirituales cambiando los métodos, modificando los reglamentos, enunciando de forma magisterial los principios de la espiritualidad. Estas medidas son útiles pero resultan totalmente insuficientes.

Sólo los espirituales son capaces de ayudar, a las personas llamadas al carisma apostólico, a responder a él de una forma particular y personal, y que ninguna concepción establecida a priori debe orientar o limitar. Sólo ellos pueden ayudar, vistas las poderosas influencias que la combaten, a que nazca una vocación apostólica y a que se desarrolle. Sólo ellos pueden enseñar a asumir todas sus riquezas al ser generoso y capaz pero a veces temeroso y lleno de escrúpulos, y con frecuencia exigente consigo mismo y a la defensiva a fuerza de rectitud. Sólo la filiación espiritual abre al hombre sobre sí y le permite, a lo largo de los años, descubrir su misión. El carisma apostólico, en definitiva, sólo se da de forma plena en quien sobrepasa su vocación inicial, cumple su misión y llega a su cumplimiento en ella.

*Sólo un renacimiento místico que no sea una copia del pasado permitirá al cristianismo realizar su necesaria mutación*

¿Será capaz el cristianismo de llevar a cabo este trabajo de conversión del que no le dispensaría ni la mejor organización imaginable? En otros tiempos ya se entregó el cristianismo a este trabajo gracias a las iniciativas de los grandes espirituales que fundaron las órdenes religiosas y de los grandes místicos que estuvieron en el origen de los seminarios. Sin embargo, siempre hay que retomar todo de nuevo desde la base a causa de la rutina que renace sin cesar a partir de la mediocridad humana. Por otra parte, actualmente, el cristianismo se encuentra en unas condiciones completamente nuevas y excepcionalmente difíciles. El surgimiento actual de pequeñas congregaciones, a pesar de que les tienta seguir las tradiciones monásticas clásicas y a pesar de los reglamentos generales que frenan su ímpetu creador, es sin duda un signo favorable. Sin embargo, a pesar de todo, se trata de un síntoma radicalmente insuficiente a falta de una renovación fun-

damental de la vida espiritual; renovación que no debe ser sólo pragmática ni estar guiada por las exigencias de la pastoral y las necesidades generales de los tiempos sino que debe estar inspirada por una conciencia más honda de lo esencial del cristianismo y por una comprensión más profunda de Jesús en su humanidad.

Ciertamente, las reformas necesarias, exigidas desde ahora mismo a la Iglesia pero nunca consideradas ni admitidas todavía como posibles de pleno derecho, serán de las más difíciles. Las iniciativas necesarias son comparables, sin parecerse, a las de los primeros tiempos del cristianismo. No se podrá realizar en un día un cambio tan completo, expuesto a las vacilaciones de quienes lo intenten y a las reacciones de quienes lo combatan en medio de la indiferencia y de la pasividad de la mayoría. Una tal renovación exigirá necesariamente una nueva floración mística que deberá ser más amplia y variada que las que se produjeron en el pasado, sobre todo más extendida entre el pueblo cristiano, y menos enjaezada, además, de instituciones y de doctrinas. Tendrá que desarrollarse a través de una multitud de iniciativas anónimas, independientes, y en unas condiciones de vida totalmente normales.

Esta obra espiritual es demasiado inmensa y, en cierto sentido, demasiado radicalmente nueva como para afirmar que es humanamente posible, sobre todo si ha de darse con una profundidad y con una dimensión suficientes como para hacer que el apostolado cristiano sea el desarrollo no demasiado infiel de la irradiación espiritual de Jesús y de su misión. El creyente no puede sin embargo dudar de que esta "reforma" se hará. Para ello le basta con pensar en la fe de su Maestro ante el abandono y el fracaso que afrontó al final. Sin esta auténtica mutación religiosa, que trasciende todo lo que unas Iglesias, incluso eminentes, pueden organizar y promover socialmente, el cristianismo, pese a estar totalmente acorazado por la suficiencia de sus doctores, y pese a toda la habilidad de sus políticos, perdería su razón de ser al cabo de algunas generaciones y acabaría reducido a no ser más que una secta en medio de muchas otras, aunque fuese internacional y estuviese extendida por toda la tierra.